

CAPÍTULO XXXII. *De la fiesta principal que hacían los chololtecas a su mayor dios Quetzalcohuatl; y de un grande ayuno con que se disponían para festejarla*



ENTRE OTRAS MUCHAS FIESTAS que los de Cholullan tenían por el discurso del año, casi semejantes a estas referidas, hacían otra de cuatro a cuatro años, como los tlaxcaltecas, aunque en tiempo diferente, que la llamaban año de Quetzalcohuatl. Antes de esta fiesta ayunaban ochenta días, y los primeros cuatro ayunaba el achcauhtli o tlamacaz, que así se llamaba el mayor de ellos, con sola una tortilla muy pequeña que apenas tenía de peso una onza; y tras ella bebía una poca de agua y no la cantidad que el cuerpo le pedía. Y estos cuatro días iba este achcauhtli solo a pedir y demandar la ayuda de los dioses, para poder ayunar y celebrar la fiesta; luego venía y ayunaban, cuyo ayuno era muy diferente de el que hacían los otros ya dichos; porque el día que lo comenzaban se iban todos los sacerdotes y ministros del demonio a las salas de los dioses, que estaban delante de los templos, y a cada uno de ellos daban un incensario de barro de los que usaban y mucho copalli con él, que es su incienso y puntas de maguey, que es el cardón que en otra parte decimos,<sup>1</sup> y tizne para tiznarse. Sentábanse todos por orden, arrimados a la pared, y no se levantaban, si no era a las forzosas necesidades naturales, y allí sentados habían de velar; y en los sesenta días primeros no dormían más de a prima noche, dos horas y, después de salido el sol, otra; y todo el demás tiempo, que eran veinte y tres horas que había de día y noche, velaban y ofrecían incienso, echando brasas en sus incensarios todos juntos y muchas veces cada día. A la media noche todos se bañaban y luego, con la tizne que les habían dado, se tiznaban el cuerpo, que parecían demonios; y todos estos sesenta días se sacaban sangre de las orejas, muy a menudo, con la puntas de maguey que tenían; y muchos de éstos no sólo hacían este inhumano sacrificio, las veces que por ley estaban obligados, sino otras muchas voluntarias creyendo falsamente agradar con este derramamiento de sangre a sus detestables y abominables dioses. Si alguno se dormía o cabeceaba, los otros le despertaban a ginchonazos que le daban con las mismas púas con que se sacrificaban y sacaban sangre; y si era negligente, porque se dejaba vencer del sueño y no lo resistía como valiente, los maestros mayores le picaban las orejas con inhumanidad muy grande, diciéndole: con esto despiertan los ministros de dios y señor nuestro Quetzalcohuatl; y la sangre que les sacaban de las orejas se la derramaban sobre la cabeza y quebrábanle el incensario, en pena de su descuido y pecado; porque lo tenían por grande dormirse y no resistir fuertemente el sueño; y decían ser indigno de ofrecer a dios sacrificio y las mantas se las echaban en el lugar de los excrementos naturales; y decíanle que por haber ayunado mal en el templo le había de suceder mucho mal en las cosas de su casa

<sup>1</sup> Lib. 9. cap. 13.

y que se le había de perder la hacienda o morir alguno de sus hijos (si los tenía). No salía fuera del templo ninguno de estos ayunantes, todo el tiempo que duraba su ayuno. Pasados estos sesenta días de ayuno, con tanto tesón y aspereza, los otros veinte días que restaban para cumplir los ochenta no se sacrificaban tanto y dormían algo más que hasta entonces. Y dice el padre fray Toribio que preguntó a algunos de estos ayunantes, después de cristianos, ¿en qué sentían más tormento? Y le respondieron: que en el resistir el sueño y no dormir acostados, porque algunos parecía que morían con esto. Y el que no lo creyere haga la experiencia y verá lo verificado en sí mismo.

Para la fiesta ataviaban bien su ídolo de Quetzalcohuatl, y engalanábanle con muy ricas joyas y piedras de valor, y ofrecíanle muchas codornices y conejos, y papel y muchos sartales de mazorca de maíz; sacrificábanle cautivos, según la cantidad que tenían recogida; y venían todos los de la ciudad con mantas nuevas al templo, y los ayunantes iban a sus casas a trocar las de el ayuno y entraban con los demás de nuevo y regocijaban el día, como de grande Pascua. Otras ceremonias hacían, que dejo de decir por excusar prolixidad, notando solamente en este cruel modo de ayunar el quebrantamiento y trabajo que el demonio les daba, especialmente en tenerlos, así sentados, sin tomar la necesidad de el sueño tan necesaria a la vida humana. Y no se tengan por cosas de encarecimiento las dichas en el capítulo pasado y éste, con otras espantosas y horrendas que en otros antes ponemos, que el padre fray Toribio de Motolinía, que vido muchas de ellas, las afirma y otros muchos con él, cuyos dichos son de grande autoridad y crédito, porque lo fueron en su santidad y vida.

CAPÍTULO XXXIII. *De la ceremonia universal de el fuego que estos indios usaban de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, que era fiesta muy particular y de grande nota, a manera de jubileo de cincuenta años entre los hebreos*



UBILEO (si bien se considera el vocablo) se toma por remisión y libertad, no porque este nombre jubileo quiera decir esto; porque este nombre viene de *jovel*, dición hebrea,<sup>1</sup> que significa cuerno o trompeta, según el Tostado; y porque se tañía esta trompeta en el pueblo de Dios algunos días antes de la fiesta de la libertad, por eso se denominó de este instrumento; y es como decir: día o días de la trompeta que se tañe, en apercibimiento de la remisión y libertad que aguardan este día o año los cautivos, y la recuperación o vuelta de lo ajeno, que por ley debía tornarse a su primer dueño: pues todo el tiempo de la venta de los hebreos se dividía por los años del jubileo, como lo dice el mismo Tostado,<sup>2</sup> refi-

<sup>1</sup> Sup. lib. Ios. cap. 6. q. 6.

<sup>2</sup> Tostat. in Lev. cap. 25. q. 6.